

Homilías Domingo 27 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo se acercaron unos fariseos y le preguntaron a Jesús para ponerlo a prueba:

- ¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer?

Él les replicó:

- ¿Qué os ha mandado Moisés?

Contestaron:

- Moisés permitió divorciarse dándole a la mujer un acta de repudio.

Jesús les dijo.

- Por vuestra terquedad dejó escrito Moisés este precepto.

Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer.

Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.

De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo:

- Si uno se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Ya tenemos el divorcio. Ya contamos con una solución jurídica para tantas situaciones de fracaso y de ruptura matrimonial. Y ahora ¿qué?

La legalización del divorcio civil fue ocasión hace unos años de interminables enfrentamientos y polémicas entre el ámbito civil y

el religioso. Desde quienes lo defendían como un derecho radical de toda persona hasta quienes querían imponer la disciplina religiosa católica a toda la sociedad...

Hoy las voces de aquella polémica se han callado... Da la impresión de que a muchos lo único que les interesaba era la defensa de determinadas ideas, pero para nada... la realidad cotidiana y trágica de tantos fracasos matrimoniales o de tantas vidas rotas...

Porque es una ingenuidad pensar que con el "divorcio" ya tenemos solucionados todos los problemas de "desamor"... Los fracasos matrimoniales no son siempre ni fundamentalmente un problema jurídico que se puede resolver con determinadas leyes. Son problemas personales, emocionales, psíquicos, de raíces y consecuencias mucho más profundas... que las leyes no podrán nunca solucionar...

Por eso, es precisamente ahora cuando debiéramos de preguntarnos qué podemos hacer los cristianos para ayudar a los hombres y mujeres que tienen que pasar por una situación de éstas...

No basta defender teóricamente la indisolubilidad matrimonial y predicar a los católicos que no pueden divorciarse...

Tenemos que preguntarnos qué ayuda podemos ofrecer las comunidades creyentes a tantos esposos y esposas que han fracasado en su matrimonio... por una elección de pareja desacertada por un deterioro de su comunicación... o sencillamente por el egoísmo...

Tenemos que plantearnos cómo estar más cerca de los matrimonios rotos... Independientemente de soluciones jurídicas...

Los cristianos no podemos cerrar los ojos ante un hecho profundamente doloroso. Los divorciados no se sienten en general, comprendidos por la Iglesia ni por las comunidades cristianas. La mayoría sólo percibe unas leyes y unas disciplinas que no llegan a entender... Abandonados a sus problemas y sin la ayuda que necesitarían, no encuentran en la Iglesia un lugar para ellos...

No se trata de poner en discusión la visión cristiana del matrimonio, sino de ser fieles a ese Jesús, que al mismo tiempo

que defiende el matrimonio, se hace presente a todo hombre o mujer ofreciéndole su comprensión y su gracia...

Este fue siempre el criterio de actuación de Jesús. Cuando se movía en medio de la sociedad judía, su mensaje era tremendamente crítico y exigente. Por ejemplo: "Os han enseñado: no cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola ya ha cometido adulterio con ella en su interior". Pero cuando se encuentra con una mujer adúltera cara a cara, cuya vida quieren eliminar, Jesús, el único que podía echar piedras sobre ella... lejos de destruirla, la perdona y le ofrece un nuevo futuro: "No te condeno. Vete y en adelante no peques más". Esta es la actitud más humana y humanizadora: crítica exigente ante una sociedad que llama "amor" a cualquier cosa... Y toda la comprensión del mundo ante quienes tienen que vivir situaciones de dolor y de sufrimiento...porque su amor se ha roto o ha fracasado...

Habrá que decir, bien fuerte, en medio de una sociedad que ha colocado el "interés egoísta" como el principio orientador de las conductas y donde la satisfacción de todo deseo parece ser la meta de la vida, que el amor es algo que hay que aprender día a día. Un arte que requiere tiempo, paciencia, fe, reflexión y sobre todo mucha conversión personal...

Pero es injusto que llevados por un rigorismo y legalismo excesivo marginemos y olvidemos a muchas personas que se esfuerzan por salvar su matrimonio... o que no tienen fuerzas para enfrentarse solos a su futuro... o que rechazamos, sin más, a quien después de haberse vuelto a casar intentan vivir fielmente su matrimonio civil... o que rechazamos a quienes no pueden rehacer de ninguna manera su matrimonio anterior.

En cualquier caso, a los divorciados que os sentís creyentes solo os quiero recordar una cosa: Dios es infinitamente más grande y comprensivo y más amigo que todo lo que podáis ver en nosotros los cristianos y en la Iglesia.

Dios es Dios. Cuando nosotros no os entendemos, él sí os entiende. Confiad siempre en Él.

(B)

Cuenta la Biblia que Dios hizo a Eva de una costilla de Adán. Esto no quiere decir que Dios, como si fuera un cirujano, arrancase una costilla de Adán y que con ella hiciera a Eva. No. Tanto la Biblia como nosotros tenemos unas maneras de hablar, que no pueden tomarse al pie de la letra. A veces nosotros le decimos a alguien: «Hace un siglo que no te veo», a pesar de que un siglo son cien años. Lo que queremos decir es que hace mucho tiempo que no lo vemos. Pues bien, al decirnos la Biblia que Dios hizo a Eva de una costilla de Adán, lo que quiere decirnos es que los corazones del esposo y de la esposa deben estar muy cerca el uno del otro, como lo está una costilla. En definitiva, la Biblia quiere decirnos que el esposo debe amar a la esposa como a su propio cuerpo; y lo mismo la esposa al esposo. El amor de los recién casados brilla mucho, pero no pocas veces se asemeja a un fuego que se apaga. En cambio, el amor de las personas mayores muchas veces es más profundo.

Un esposo anciano se expresaba en estos términos:

«Mujer, ven a sentarte a mi lado en el banco que está delante de mi casa, porque tú lo mereces. Hace cuarenta años que estamos juntos.

En este hermoso anochecer, que es también el anochecer de nuestra vida, tú tienes también derecho a un instante de reposo. Ahora los hijos están casados, andan por el mundo y nuevamente estamos solos, como cuando comenzamos.

Mujer, ¿te acuerdas? No teníamos nada cuando empezamos. Todo estaba por hacer. Y pusimos manos a la obra y fue difícil. Pusimos coraje; era necesaria la constancia.

Se necesitó amor, y el amor no es lo que uno se imagina al comienzo. No es cambiarse besos, palabras al oído o apretarse uno contra otro. El tiempo de la vida es largo y el día de la boda es un instante. Fue enseguida, ¿te acuerdas? Fue en seguida cuando comenzó una nueva vida.

Llegaron los hijos; fue preciso alimentarlos, vestirlos, educarlos... Muchas veces enfermaron y te quedabas de pie noches enteras y yo trabajaba de la mañana a la noche.

¿Te acuerdas? Mujer, claro que te acuerdas.

Todo era preocupación, todo era lucha: y tú estabas allí. Fuimos fieles el uno al otro. Y así yo pude apoyarme en ti y tú apoyarte en mí.

Tuvimos la suerte de estar juntos; nos pusimos a trabajar los dos; aguantamos todo; hemos sido muy responsables.

El verdadero amor no es el que uno se imagina. El verdadero amor no es de un día, sino de siempre. Es ayudarse..., comprenderse... y poco a poco uno ve que las cosas se arreglan. Los hijos crecen. Hemos sido ejemplo para ellos. Hemos formado una familia muy unida.

Por eso, ponte a mi lado; llegó la hora de la cosecha y de llenar el granero.

En este momento en que todo está color de rosa, como rosada es la tarde, apóyate bien en mí; no hablaremos nada; ya no necesitamos hablar.

Sólo tenemos necesidad de estar juntos una vez más y dejar que la noche venga lentamente sobre la alegría de la misión cumplida».

Hermanos: este esposo llevaba muy cerca de su corazón a su esposa. Y la esposa, cerca del suyo al esposo.

Los esposos han de avivar su amor día tras día para que ese amor no sea como una llama que se apaga.

(C)

PREPARAR y PREVENIR

Asusta, y con razón, el divorcio legal con todo lo que supone de drama para la pareja y para los hijos. Pero hay que lamentar que apenas si asusta el otro divorcio, el psicológico, el divorcio de los que arrastran un matrimonio mediocre, desencantado, aunque viven bajo el mismo techo. Muchos no se percatan de que el otro divorcio, el legal, la separación física, no es más que el resultado del divorcio psicológico, que se va gestando lenta pero fatalmente día a día. Ya, en sí mismo, este divorcio es una tragedia que conlleva una gran lesión psíquica para los hijos.

Desgraciadamente, como ocurre con respecto a las adicciones, la drogadicción, la ludopatía, el alcoholismo, sólo provocan pavor

cuando ya se han producido; pero, en la mayoría de los casos, no ha habido la mínima preocupación por prevenirlo, cuando hubiera sido relativamente fácil. Imperceptiblemente muchos van caminando a una situación de deterioro que es irreversible.

Resulta patente la increíble ligereza con que muchas parejas y su entorno familiar toman el matrimonio. Muchos novios están mucho más preocupados por las flores, la música, el vídeo y, por supuesto, el piso que van a ocupar, que de su disposición interior, de las actitudes con que se van a casar. A muchos les parecen una exigencia excesiva las charlas formativas que se les ofrecen. Hay que achacar, asimismo, tanto al Estado como a algunas diócesis y parroquias, la despreocupación, la falta de ofertas, la falta de mentalización con respecto al matrimonio y a la familia, los dos grandes factores que marcan la salud y la marcha de la sociedad y de la Iglesia. Se exige más para repartir cartas como empleado de correos que para la grandiosa misión de fundar una familia y educar a unos hijos. Creo que, en este sentido, la sociedad es ciega e irresponsable, ya que tiene que cargar después con gravísimos problemas por esta omisión tan nociva; problemas que son los hijos inadaptados, desequilibrados psicológicamente por falta de estabilidad de la familia, por los inevitables conflictos que originan las rupturas.

Casar a las parejas sin prepararlas es peor que regalar carnets de conducir sin exigir preparación. Una pareja desavenida, una familia que funciona mal es un verdadero peligro social en el que corre riesgo la salud psicológica de los cónyuges, de los hijos y del entorno familiar. Esto es lo que origina el caos de la convivencia, caos que tiene numerosas repercusiones negativas para la sociedad y para la Iglesia.

Otro tanto hay que decir con respecto al cuidado del matrimonio. Hay numerosas parejas que, como ellas mismas confiesan en las encuestas, después del casamiento no tienen la menor preocupación de formarse, de revisar en serio su vida de familia, de servirse de medios para seguir creciendo... Dedicar más tiempo al coche, al cuidado del jardín que a su propio matrimonio.

"UNA SOLA CARNE"

Lo que hace referencia más directa a vuestra situación son las palabras con las que Jesús define el ideal cristiano del matrimonio. Lo define con las palabras *serán los dos una sola carne*, que significa: serán los dos un solo ser, una persona, ya que la palabra "carne", en hebreo, significa "hombre"; el Verbo se hizo "carne", decimos en el *Angelus*. Es lo que afirma Lucas de los cristianos de la comunidad de Jerusalén: "Tenían un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32). En este "tener un solo corazón y una sola alma" se os abre un camino interminable hasta llegar a la meta. El peligro serio que tenéis es el estancamiento, la rutina, la despreocupación de crecer; el peligro de creer, tal vez, que ya habéis llegado.

Hace un tiempo viví una experiencia única junto con un grupo de veinte matrimonios. Se les exigía que fueran matrimonios que funcionaran, al menos, notablemente bien. Se les exigía, asimismo, que hubiesen vivido siete años, al menos, de vida conyugal. Aquellos matrimonios se reúnen en una casa de retiro. En una atmósfera de silencio reflexionan y revisan su matrimonio a la luz de la Palabra de Dios; se confiesan mutuamente los aspectos positivos y las quejas; se confiesan su amor mutuo en largas horas de diálogo... A medida que va transcurriendo la convivencia de tres días, se palpa la transformación que se está verificando. El último día, en la clausura del encuentro, algunos lloran de felicidad como recién casados. Algunos de ellos confiesan que se sienten más felices que en su luna de miel. Todos ellos comentan al terminar: "Nosotros, que nos creíamos matrimonios ejemplares, no nos imaginábamos que tuviéramos tantas deficiencias en nuestra vida de pareja y de familia y no creíamos que tuviéramos tantas posibilidades de ser de verdad felices". A partir de entonces su matrimonio ha cambiado de forma fundamental.

El matrimonio y la vida de familia esconden sorpresas increíbles y tienen posibilidades inimaginables. Pero hay que vivir en constante superación, en constante dinámica de crecimiento, para lo cual es necesario alimentar el amor y la unión, y servirse de los medios disponibles. En primer lugar, del medio insustituible del *diálogo*. Que nadie diga que no tiene tiempo para dialogar. Sería lo mismo que decir que no tiene tiempo para comer. El diálogo es

el alimento diario del matrimonio. Para lo imprescindible nunca puede faltar tiempo. Dejar que la *televisión* u otras *evasiones banales* roben el tiempo sagrado de la convivencia íntima es una insensatez propia de adolescentes.

Necesitamos el diálogo para *revisar* la marcha del matrimonio, de la familia: ¿Qué es lo que marcha bien? ¿Qué es lo que marcha mal? ¿Qué podríamos hacer para crecer como pareja y como familia?

El matrimonio y la familia necesitan realimentarse con *lecturas* en común, con la asistencia y participación en charlas y conferencias sobre el tema conyugal y familiar.

Al matrimonio y a la familia le ayudan de forma increíble el *unirse a otros matrimonios* para compartir, ayudarse mutuamente, buscar juntos, forjar amistad con otros matrimonios creyentes con quienes les une la fe. El Concilio urge a los sacerdotes a que reúnan en pequeños grupos a los matrimonios para que compartan y se ayuden mutuamente.

Los esposos necesitan apremiantemente reflexionar juntos la Palabra de Dios, *orar juntos*, compartir la fe, celebrarla, pedirle al Señor, que bendijo su unión, que les ayude a crecer en ella.

Desgraciadamente hay muchos matrimonios y familias compuestas por cristianos que, lejos de ser "Iglesias domésticas", son más bien parejas y familias paganas, porque no expresan su fe ni conyugal ni familiarmente.

Los esposos, para madurar en su comunión y llegar a ser una familia en plenitud, necesitan *darse a los demás*, ser un matrimonio servidor. Un matrimonio, que presta su ayuda dando clases y animando grupos en un barrio marginal, confesaba: "El amor y el servicio a los pobres nos han enseñado a querernos más profundamente y con más generosidad". Los que viven a su lado comentan: "Se les nota".

Todos estos medios ayudarán a los esposos a lo que es la entraña misma del amor, que consiste en "morir a sí mismo y vivir para el otro". "Amar es morir", ha dicho alguien luminosamente.

DAD ENVIDIA

Los matrimonios cristianos estáis llamados a dar envidia a los que son testigos de vuestra vida. Casarse ante el Señor es

comprometerse a ser un matrimonio envidiable, porque estáis llamados a ser sal, luz y fermento (Mt 5,13-14).

La sociedad necesita de matrimonios que estén muy *unidos*, que sean "un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32), "una sola carne". La sociedad y la Iglesia necesitan de matrimonios que sean *abiertos, serviciales, generosos*, no cerrados sobre sí mismos. Y, por fin, que sean *felices*, que patenticen que el proyecto matrimonial y familiar del Evangelio es fuente de madurez personal, de generosidad, de paz y felicidad. La sociedad, sobre todo los jóvenes, necesita modelos de referencia en medio de tantas uniones desorientadoras. Nuestro actor J. Bódalo, poco antes de morir, dijo una gran verdad: "Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido fundar una buena familia. Confieso que es lo que más me ha compensado". Hay que añadir: Además de las grandes repercusiones benefactoras que tiene para el entorno una familia como Dios manda...

P. Juan Jáuregui Castelo